
LECTIO DIVINA

(Mt 28, 16-20), Juan José Bartolomé



La Trinidad es el misterio central de la fe cristiana, un misterio insondable de relación y comunicación personal entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Hemos sido bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Esta invocación la pronuncia el sacerdote cada vez que imparte la absolución sacramental y cada vez que renueva el Sacrificio Eucarístico, con el que Cristo se ofrece al Padre por el Espíritu Santo en todos los rincones de la tierra.

Jesucristo asciende al Cielo para que su Santísima Humanidad ocupe el lugar de gloria que le está reservado a la derecha de Dios Padre, por la acción del Espíritu Santo que, habiendo sido prometido, vino a habitar entre nosotros. Estamos llamados a crecer en familiaridad con las Tres Personas Divinas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

“Tanto amó Dios al mundo que le dio a su único Hijo.... no para condenarlo sino para salvarlo por medio de él” (Jn 3, 16-17). Jesús vino a realizar la salvación del cosmos, con su muerte y muerte de cruz, sacrificio que culminó con su resurrección, con la que el Padre ha sido glorificado.

«A Dios nadie le vio jamás: el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, ése nos lo ha dado a conocer» (Jn 1,18).

El Dios de los Patriarcas, de Moisés, de Isaías, de Jeremías, de todos los justos del Antiguo Testamento nos manifestó algunos de sus atributos fundamentales: su bondad, su justicia, su misericordia, la ternura de su amor, su santidad temible, la infinita grandeza de «Aquel que es» (Ex 3,14). Mas un velo impenetrable ocultaba a los ojos de los hijos de Israel Aquel «que habita una luz inaccesible» (1Tim 6,16).

«Después de habernos hablado en otro tiempo y de múltiples maneras por sus profetas, en estos últimos tiempos, Dios nos habló por su propio Hijo» (Heb 1,1). «Aquel que es su pensamiento, su Palabra, su Verbo, la Imagen de su substancia y el esplendor de su gloria» (Heb 1,3).

«El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14). Él nos reveló el nombre de su Padre y su identidad de naturaleza: «Mi padre y Yo somos una misma cosa» (Jn 10,30).

Seguimiento:

16. Por su parte los once discípulos partieron para galilea, al cerro donde Jesús los había citado.

17. Cuando vieron a Jesús, se postraron ante él, aunque algunos todavía desconfiaban.

18. Entonces, Jesús acercándose, les habló con estas palabras. “todo poder se ha dado en el cielo y en la tierra.

19. Por eso vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el nombre del padre, y del hijo y del espíritu santo.

20. Y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he enseñado. Yo estoy con ustedes todos los días, hasta que se termine este mundo”.

LEER: entender lo que dice el texto

Cristo fue enviado por el Padre a “evangelizar a los pobres y a levantar a los oprimidos” (Lc 4, 18), “para buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19, 10). La Iglesia recibió como herencia esa feliz misión (Cfr. Vaticano II, LG 8).

Jesús vino a realizar el Plan del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (LG 2). Confió a sus primeros apóstoles la gran tarea de evangelizar, para que la salvación se extendiera hasta los confines de la tierra (Hch 2, 8).

¡Ay de mi si no evangelizara! (1 Cor 9, 26). Toda la Iglesia hace eco a la voz de Pablo y sabe que, con Dios Padre, con Dios Hijo y con Dios Espíritu Santo tiene que irradiar en el mundo la Buena Noticia (LG 17).

Los cristianos, por nuestro bautismo tenemos una triple vocación:

- Somos sacerdotes para ofrecer nuestra su vida, unida a la entrega de Cristo Jesús, en favor de los demás.
- Son profeta, para predicar la Palabra.

- Son reyes, para servir en la caridad a los hermanos y hacer comunidad.

Con el Padre, el Hijo y el Espíritu estamos llamados a ser testigos (mártires), haciendo creíble el mensaje de salvación.

Este pequeño texto recapitula los temas principales del evangelio. Galilea sirve de plataforma para la misión universal (Mt 28, 10-16) como había sido indicado al comienzo del Evangelio.

El envío del capítulo 28 ubica a Jesús en el monte (Mt, 29, 16); hace una referencia inmediata al monte de las tentaciones (Mt 4, 8-10), al sermón de la montaña (Mt 5 al 7) y a la transfiguración (Mt 17, 1-8). El texto nos habla de los discípulos; entre ellos había quien seguía convencido al Maestro, pero también había quien dudaba todavía (Mt 28, 17).

La frase “Yo estaré con ustedes...” (Mt 28, 20) nos refiere al Emmanuel, al “Dios con nosotros” (Mt 2, 23) y a la promesa que Jesús hizo a los suyos: “Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy Yo, en medio de ellos” (Mt 18, 20).

La autoridad de Jesús expresada en la frase: “Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra” (Mt 28, 18) es eco de aquella otra: “Todo me ha sido entregado por mi Padre...” (Mt 11, 27) y expresa la voluntad salvífica que implica al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Este evangelio recoge la vida trinitaria que encontramos a lo largo de los capítulos de los cuatro evangelistas.

Los discípulos recibieron una misión que el Padre había confiado a su Hijo Único. La cumplieron con El y en su nombre. Les aseguró: ‘Yo estaré con ustedes hasta el final de los tiempos, (siempre)’ (Mt 28, 20).

Los discípulos actuaron en el nombre del Hijo de Dios, movidos por su Espíritu Santo. La resurrección del Maestro marcó una nueva era; su presencia espiritual era igualmente efectiva. Cuando el Maestro dijo a sus apóstoles que hicieran lo que Él hizo, les confió un campo inmenso para actuar en su nombre (Mt 9, 37-38), seguros de que podrían hacerlo en comunión con el Espíritu Santo. Lo maravilloso es que sigue “todos los días hasta el fin del mundo” en la Iglesia, sea cual sea la circunstancia que se dé.

El envío que hizo Jesús una vez que había resucitado, no fue solo una tarea para que los apóstoles realizaran (Mt 28, 16); éste fue un mandato que rebasa las fronteras temporales y personales, invitándolos a vivir con Él, y como Él, en comunión.

Todos estamos llamados a ser familia, haciendo discípulos a todas las gentes (Mt 28, 19) y además de hacer discípulos a las personas ¿qué tendrán que compartirles?

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

“Hagan discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. El verbo “bautizar” por su trasfondo judío y por su raíz, significa: “introducirse”, “sumergirse”, “compenetrarse”, “llenarse”. En este sentido, hace referencia al rito cristiano del sacramento, que tiene en sí mismo un objetivo: ‘consagrar a la persona sometida al rito para que sea de Dios. Bautizar, consagrar, introducir, sólo se entiende en relación a la Trinidad Santísima, bautizada es consagrada a Dios Uno y Trino y participa de su vida divina.

- **El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo con una misma naturaleza divina, nos comparte sus perfecciones infinitas; El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se identifican en orden al Ser, al Pensar, al Querer, y al Actuar de todos los atributos divinos. Tienen la misma existencia, el mismo poder, la misma santidad, es el mismo Dios en Tres Personas, una sola Voluntad, una misma Vida inmutable. ¿Comprendemos lo que Él hace en nosotros y lo que nosotros podemos hacer si vivimos en comunión con Él y nos dejamos llenar por su gracia?**

La Encarnación del Hijo de Dios es el acontecimiento clave de la historia del mundo; pero la venida del Verbo entre nosotros no adquiere todo su sentido sino a la luz de la Trinidad. Uno de los Tres» «bajó del cielo» para «buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19,10). «Uno de los Tres» sufrió, afirma la Iglesia, «murió por nosotros» y «mora, día y noche, en la Iglesia militante, bajo la forma sacramental, en la Hostia consagrada, «hasta la consumación de los siglos».

- **¿Qué significa para mi vivir con Cristo, y desde Él ser hijo y dejarme llevar por su Espíritu Santo?**

El Padre ha tenido la iniciativa de nuestra adopción. «De tal modo ha amado Dios al mundo que le ha dado su Hijo Unigénito». «¿Cómo no nos dará juntamente con Él, todas las cosas?» El Padre nos ha amado, hasta querer comunicarnos su propia naturaleza divina, su Luz, su Amor, su felicidad infinita, y nuestra existencia sobre la tierra es ya una participación de su naturaleza trinitaria.

El Padre engendra a su Único Hijo en el esplendor de una Generación eterna. Nos ha adoptado por Amor, a imagen de este mismo Hijo, pero es la misma naturaleza que ha comunicado al Verbo, la

Igualdad con el Padre, en la Unidad de una misma sustancia, y por gracia y participación en su vida divina.

El ser humano participa de la misma naturaleza de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo, de los mismos atributos de pensamiento, de amor, de acción, de santidad. Ese «consorcio con la naturaleza divina» de que habla San Pedro, ese «germen de Dios» en el cosmos es obra de las TRES DIVINAS PERSONAS

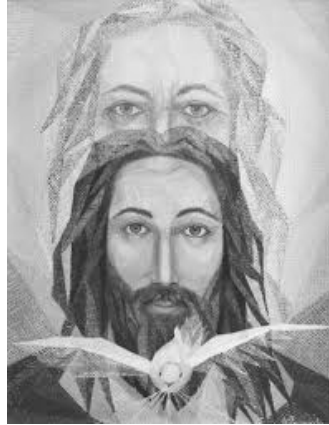
- **Este Misterio es el núcleo de la vida cristiana, es la vida de amor que se nos da como participación en la Trinidad. La realidad última y más profunda es vida y es amor. Este es el fundamento de la esperanza cristiana, en medio de un mundo de muerte y de odio.**

La evangelización tiene una finalidad: que las personas participemos de la vida de Dios, conviviendo con la Santísima Trinidad: por la que el Padre, en su Hijo mora por el Espíritu Santo en nosotros. No es suficiente solo conocer la doctrina sino 'ser de Dios 'Uno y Trino', ser conscientes de ese ser de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo y asumir nuestra responsabilidad ante las heridas religiosas, raciales, económicas, sociales que nos dividen como humanidad.

La virgen Nazarena se consagró como madre divina, espiritual y material del Hijo de Dios, entregada totalmente «a las cosas de Dios Padre y sostenida por el Espíritu Santo». Su vida se entiende desde la Trinidad Santísima.

- **¿Qué significa para nosotros vivir la filiación en relación a María, la Madre del Hijo de Dios y Madre nuestra? ¿Cómo experimentamos la inhabitación de la Trinidad en nuestra manera de ser y hacer lo que Dios nos confía?**

III. ORAMOS este texto desde nuestra vida



Dios, Trinidad Santa, que nuestro ser goce en Ti, Padre, Hijo y Espíritu Santo y que encontremos en Ti siempre, al Padre, al Hermano, y al Espíritu, en el que podamos reposar, la casa en la que quisiéramos vivir, porque en ti Dios Trino, tenemos lo que necesitamos para ser felices amando de verdad.

Que el vivir en intimidad contigo, Dios Trino, nos haga comprender qué es dar y recibir amor, como Tú lo das, siempre y a todos.
Que escuchamos el llanto de la tierra, herida por el abuso
y por nuestra falta de respeto,
para que abramos nuestros ojos, cegados por el egoísmo,
para ver a millones de seres humanos necesitados de vida
y que junto al Nuevo Adán, y la Nueva Eva, colaboremos en la reconciliación del mundo,
dando nuestro «Sí», para que partícipe de la Gracia redentora.

Trinidad Santísima, que crezca nuestra fe, y seamos habitados por Ti, como lo fue María y como lo han sido los santos, que supieron vivir la alegría de tu presencia, por los siglos de los siglos,

¡Amén!